

América Latina: entre el desvarío y la razón

Carta a León Rozitchner

*«Virgenes y santos, ángeles y querubines,
serán los ciudadanos de este nuevo paraíso...
Yo por servir a la patria debiera destruir
el romance ideal de nuestra utopía.»*

SIMÓN BOLÍVAR, 1826.

1

Antonio Sánchez

Querido León:

Queda, entre nosotros —no sólo entre tú y yo, sino entre todos quienes vivimos este último medio siglo de revoluciones bajo una cierta identidad de propósitos— una reflexión pendiente. No sólo ni primordialmente sobre el sentido de la historia que vivimos, en la que participamos y sobre cuyo decurso tuvimos alguna responsabilidad. Sino sobre un asunto muchísimo más grave, aunque fructífero, que tiene que ver con su propia fundamentación. Lo formularía en términos interrogantes: la historia vivida ¿está cancelada, resuelta y definitivamente clausurada? ¿O es, antes bien, parte de un *continuum*, que la hace modificable a medida de su propio decurso y ulterior desarrollo, así sea como iluminación de nuestras propias rectificaciones?

He tenido la ocasión de participar como extra voluntario y consciente en tres importantes procesos históricos, comunes por su originalidad: la rebelión estudiantil europea de 1968, el gobierno de la Unidad Popular en Chile, entre 1970 y 1973, y la debacle que vive todo un ciclo histórico venezolano en estos comienzos de nuevo siglo. Los dos primeros los viví lleno de entusiasmo y en la más desnuda inmediatez de fantasías e ilusiones. Este último, en

cambio, —el proceso venezolano— lo vivo en una sorprendente doble condición de protagonista y espectador. Tal vez por mi doble condición de extranjero y naturalizado, o de iluso y desilusionado. El peso de la propia historia, que se traduce a nuestra edad en una diáfana conciencia de nuestra precariedad y el escaso horizonte que aún nos va quedando, nos permite una —yo diría— casi amarga lucidez. Gramsci, tan lúcido en medio de tanto infortunio, prefirió hablar del escepticismo de la inteligencia, contraponiéndolo al optimismo de la voluntad. Viví los dos primeros procesos mencionados en el más delirante voluntarismo. El venezolano, en cambio, cuando siento el casi perverso placer de vivir la madurez, comprometido con el único papel que me es posible, el de «intelectual».

Pero es claro que aceptadas casi todas las premisas einsteinianas, y convertido en lugar común de nuestro horizonte de credulidades aquello de que el universo es finito aunque ilimitado, no sería ninguna aberración lógica imaginar que el pasado también mantiene la plasticidad de lo moldeable. Incluso y a pesar de lo que ya no tiene remedio. Aunque a la luz de los últimos avances del conocimiento cabe preguntarse cuándo algo ya acontecido deja de tener remedio. Leía recientemente que el desciframiento de todos los misterios del genoma humano es prácticamente un hecho de la biogenética comercial y un logro perfectamente imaginable de este siglo que comienza sea el desarrollo de una tecnología que desarticule la mancuerna espacio-tiempo, lo que le permitirá a nuestros bisnietos viajar a la velocidad de la luz. ¿Fantasías que ya ingresan al universo de lo posible? ¿Podrán nuestros descendientes cumplir el sueño de pasar en limpio el borrador de lo que hiciéramos nosotros, sus abuelos? En todo caso, y a los efectos políticos, ningún proceso vivido por un pueblo está cerrado y cancelado por el sólo hecho de pertenecer a su pasado. Continúa vigente como admonición, como instancia, como baldón o, incluso como motivo de orgullo y razón de vida. Es parte de la sustancia viva y en proceso de desarrollo que es el presente.

Veo asimismo que te ha provocado un cierto escándalo el recurso en uno de mis artículos sobre Chile a categorías religiosas para describir un residuo moral no decantado ni mucho menos asumido o resuelto —*aufgehoben*, diría Hegel— todavía pendiente en la sociedad chilena: remordimiento, castigo, perdón. Y tienes toda la razón. Pero es que traspasado cierto límite del enfrentamiento social y político entre los hombres, la reivindicación de ciertos impases «meta críticos» o «meta conscientes» aún permanece en la indeterminada esfera de lo religioso. Dicho de otra manera: mientras el desarrollo de la ciencia y el bestial despliegue de la manipulación tecnológica —su hija putativa— no terminen por domeñar total y absolutamente a la materia —cuestión que parece estar a punto de ocurrir, por lo menos a lo largo de este nuevo siglo— todo aquello que sobreviva de la naturaleza aún indómito a nuestros deseos y de lo cual somos víctimas fatales quedará en el insondable terreno de la religión, que seguirá siendo —querámoslo o no— nuestra «última frontera». En este, y sólo en este sentido, es a los hombres, a su acción política consciente, que corresponde rescatarlo de ese ámbito de lo indeterminado e

incorporarlo al catálogo de obligaciones cotidianas, al imperio de lo normativo, a lo espiritualmente asumido. Sólo entonces dejará de ser aspiración religiosa para convertirse en exigencia política. Y aún así: las religiones continuarán siendo el ámbito normativo de aquello que tal vez jamás obtenga explicación científica positiva. Es muy probable que el desvelamiento de los más complejos y poderosos arcanos, logrado de la mano de vertiginosos avances científicos y tecnológicos, aunque nos entregue la clave de todo lo que es y nos permita manipular la materia hasta extremos inimaginables, nos deje al borde del insondable abismo de siempre: el sentido de nuestra propia vida y de nuestros valores más trascendentes.

Y ése es el punto al que me refería cuando hablaba de ese saldo pendiente en el país de mis desvelos: la reconciliación entre los chilenos. Hermoso término: reconciliación. De raigambre religiosa, como casi todo lo que nos determina, por lo menos de este lado del planeta. Puede que dicha reconciliación sea una *contradictio in adjecto*. Y de hecho, el término alude a una ruptura originaria. *Tant pis!* No le quita un ápice de fuerza moral, de compromiso obligante. A no ser que caigamos vencidos ante la irreversibilidad de las determinaciones sociales y consideremos que las sociedades son estructuras sólidas, edificios conformados por compartimentos estancos a los que sólo cabe dinamitar con acciones de naturaleza geológica: Engels. Si lo fueran y quisiéramos ser fieles a Marx, no al del Diamat estaliniano sino al feroz crítico de Jena, habría que reconocer que en ello sobreviven determinaciones naturales perfectamente evanescentes. Es una desgracia para la realidad estar a la altura de los designios estructuralistas. Y si es cierto que no es del rinoceronte la responsabilidad moral por su coraza, las nuestras son productos de nuestra propia historia: no podemos escamotear el imperativo categórico de su transformación.

Para que no me malentendas: creo que es obligación de la política hacer espacio a lo que no por imposible queda cancelado para siempre por irreal. Y alguien en Chile —sólo lo imagino realizable desde una izquierda virtual, moderna y progresista— debiera asumir incluso reivindicaciones que suenen a reclamo místico. ¿Por qué no? Aunque mi punto de vista no tendría ningún asidero si no considera seriamente el supuesto de que una de las partes de la reconciliación no sólo no tiene el más mínimo interés en vincularse al otro, sino que en ello arriesga la pérdida de su propia identidad. Peor para ella. Desconoce el peso de su propio extravío moral y es vital empujarla a su reconocimiento. Hablo de profilaxis política y cultural. Y de la obligación política de una de las partes: es decir de una acción social que incide sobre la otra parte. Hablo de lucha política, no de psicoanálisis. Hablo de la política como transformación histórica, no como administración contable de bienes adquiridos y asegurados en el desván de las antiguallas. Y en absoluto hablo de la política como del negocio de intercambio comercial del que se regocijan aquellos izquierdistas ganados por la Realpolitik de la concertación. Hablo de una política en la que quepa un mínimo espacio de utopía. No aquella de deslumbrantes paisajes edénicos que nos sedujera hasta la perdición y fuera causal

de los daños y perjuicios que estamos relatando, sino la que resiste aún hoy en lo marginal, lo inadaptado, lo que sólo encuentra desahogo en el reino de nuestras monstruosidades: en el sueño, el extravío, el arte y la drogadicción.

2

Todo esto suena a poesía o a divagación ajena a las urgencias inmediatas de la acción política. Sobre todo en momentos de tan espantosa orfandad ideológica como la que vivimos. Aunque no dejamos de ser nosotros mismos los responsables. Pues sorprende que fuera el pensamiento que mayor escarnio hizo de las ideologías, precisamente el marxismo, y que rebajara a tal condición de enmascaramiento falaz todo esfuerzo intelectual desarrollado hasta entonces por el hombre en su denodada lucha por el dominio de la naturaleza, el que cayera víctima de su propio diagnóstico: pensamiento subordinado a las apetencias dictatoriales de una determinada élite social, en la que terminamos incorporados nosotros mismos. Si los hijos naturales de Marx o su espuria descendencia tercermundista, si Lenin o Mao, Fidel o el Che, Ho Chi Min o el Pol Pot no hubieran tomado tan a pecho el manifiesto, podríamos seguir bebiendo sin arrogancia de las fuentes de los *Fundamentos de la Crítica de la Economía Política* y tendríamos aún a qué asirnos, que no fuera este *patchwork* de incoherencias y fragmentos que aún nos mantiene a flote en medio del naufragio de este último siglo. La dialéctica del Señor y el Vasallo nos acarreo las mismas desgracias que a nuestro Santo Padre Hegel. Nadie se opone a un pensamiento globalizante de la mano de otro pensamiento globalizante sin caer bajo las desgracias de una semejante Santa Alianza. Por ello, el imperalismo colonial arrasó con el universo hegeliano de la misma manera que el despliegue del capitalismo posindustrial hizo trizas la utopía marxista. A la postre, y juzgando con la fría balanza del contable, los socialismos reales sirvieron de indóciles lacayos del capitalismo central en su esfuerzo por socializar las zonas marginales y situarlas bajo la égida del tifón de la internacionalización neocolonial. A la vuelta del tiempo, no es el Estado burgués la cima del espíritu universal. Der Geist ha terminado convertido en una flatulencia de la globalización tecnológica: la Web, perfecto enmascaramiento de la diferencia idiosincrásica entre centro y periferia.

Aún estamos demasiado adheridos a la telaraña del marxismo como para tomar distancia y observar nuestro pasado intelectual como quisieran en su tiempo los lúcidos espíritus romanos: *sine ira et studio*. Ante la debacle, quisiéramos rescatar del naufragio a lo menos una parte de los flotantes restos: rechazamos los aspectos político prácticos y reivindicamos la ferocidad crítica primigenia; echamos por la borda las consecuencias pragmáticas y rescatamos las enseñanzas más especulativas. De paso desdeñamos el reproche de idealismo, con el que en su tiempo despreciáramos los Grundrisse y los apuntes filosóficos del joven Marx. La avalancha de materialismo cibernético nos ha reconciliado con lo más filosófico de nuestro marxismo visceral y corremos a proteger del saqueo del neoliberalismo hernáncortesiano todas aquellas deslumbrantes visiones de aquel adolescente que, ya en su tiempo y siendo aún

imberbe, fuera considerado como el único mortal viviente que conocía de verdad y en profundidad al último emperador de la *prima philosophia*: Georg Wilhelm Friedrich Hegel. Pero esta misma disposición al rescate de lo que fragmentariamente creemos imperecedero, debiéramos ejercitarla frente a cualquier otra forma de tradición intelectual: desde Platón hasta Spinoza, desde Erasmo hasta Santo Tomás. Y sólo un espíritu mezquino podría negar que has sido, en este aspecto de porfiado salvaguarda, uno de los intelectuales latinoamericanos más consecuentes. Pienso en tus trabajos sobre Clausewitz, sobre Freud, sobre Spinoza, sobre Simón Rodríguez y en este bellissimo último trabajo tuyo.

Una mínima provincia del pensamiento occidental, erigida en imperio, terminó por colonizar la vida intelectual de esta última mitad del siglo latinoamericano. El maridaje entre gestualidad utópica —esa herencia que arrastramos en nuestro universo subordinado desde los tiempos en que la ilustración renacentista nos convirtiera en reservorio de todas las utopías clásicas— y pobreza colonial, perfectamente desposados por obra y gracia del marxismo soviético, han terminado por arrasar con todos los intentos por crear una vida intelectual independiente, originaria y creativa. Es cierto que hubo loables esfuerzos por desentrañar nuestra especificidad, pero ninguno de ellos supo trascender las coordenadas impuestas por «las leyes del materialismo dialéctico», asumidas como expresión de una segunda naturaleza. Con ello caímos en una perversa trampa: gastamos todos nuestros esfuerzos intelectuales en pedalear en la bicicleta fija de la religiosidad marxista, mientras el primer mundo avanzaba bajo las pragmáticas ordenanzas del más implacable desarrollo capitalista. El resultado está a la vista: la brecha entre progreso y regresión se ha hecho más flagrante, más doloroso. ¿Quién nos compensa por tanto esfuerzo perdido, si el Lloyd soviético ha sido desterrado al desván de los desvaríos? Nadie. Nos quedan como herencia un dictadorzuelo caribeño y una utopía cumplida de balseros y menesterosos ilustrados. Ni que decir del último coletazo chaveciano, que no hace más que confirmar el acierto marxiano del 18 brumario: la historia se repite, pero como farsa.

3

Pero, ¿y la aporía? Tienes razón, aunque sea de Perogrullo. En nuestros países el hiato se profundiza, la brecha entre ricos y pobres se incrementa, la pobreza se masifica y convierte en extrema miseria. Así sea en términos comparativos. Aunque nunca como para considerar que es mayor la responsabilidad moral de la democracia ante las muertes de la desnutrición causada por miserables políticas públicas que las de las dictaduras por las violaciones a los derechos humanos. No comparto, pues, la relativización que haces de los 30 mil muertos del videlismo ante los millares de muertos silentes de la injusticia social que aún impera en la Argentina. Pasar a saco por sobre las diferencias específicas entre una y otra realidad es hacer escarnio de la necesidad de pensar nuestra realidad, sin recurso a subterfugios sentimentales.

Pues presiento en tus justas objeciones a mi posible «neoliberalismo» la porfiada supervivencia de pasados esquematismos. El estado de postración de

nuestras sociedades, su ruindad cultural y su miserable incapacidad para romper el círculo vicioso de la pobreza y el subdesarrollo no es simple diagnóstico ante el que nos quepa lavarnos las manos. El truco al que recurrimos en el pasado fue el de la negación absoluta. La culpa recayó en el imperialismo norteamericano o sus lacayos nacionales. En cuanto a nosotros, las buenas conciencias marxistas del indigenismo nacional, a lavarnos las manos. A la vuelta de tanto extravío, de este laberinto de intentos emancipatorios y estos feroces castigos desde las fétidas entrepiernas del Poder —camuflado esta vez de mortífera mascarada castrense— ha quedado claro que la lógica en su abstracción tenía completa razón: toda negación absoluta es idéntica a su contrario, mera afirmación. Al culpar a saco al otro por nuestro estado de miseria y exculparnos de toda responsabilidad, postulando entrampados en nuestra mayor inocencia la superación del lamentable estado de nuestras sociedades tras una suerte de meta historia, castramos las posibilidades reales de situar la problemática en otro contexto, uno inmanente, diría yo, a nuestras propias determinaciones. Culpamos al empedrado y ocultamos no sin cierta perversa complicidad nuestra desastrosa cojera. ¿Es posible desarrollar un pensamiento crítico inmanente al sistema, capaz de potenciar sus virtualidades y hacer que el carro arranque, de una buena vez y para siempre, hacia una sociedad más justa, más productiva, más abierta y culturalmente más autosustentable? Y agregaría la pregunta crucial: ¿en la que los sujetos de toda culpa y responsabilidad seamos nosotros mismos?

Pienso que el punto de partida —un desconsolado paisaje de naufragos— es muchísimo más esperanzador para iniciar ese camino a la búsqueda del tiempo perdido que el de esas escuadras de conquistadores del reino de Jauja que éramos hace treinta años. Basta echar una mirada a las huestes intelectuales del chavismo, aquí en Caracas, para asombrarse de la estulticia, de la idiotea, de la mengua intelectual de aquellos más recalcitrantes sobrevivientes de entre los despojos del marxismo de los sesenta. Los retazos de ex guerrilleros, veteranos del PC, antiguos sindicalistas y viejos compañeros de ruta que acompañan a este esperpento de la revolución castrista llamado Hugo Chávez, dan vergüenza ajena por nuestro propio pasado. De haber triunfado «nuestra» revolución ¿serían ellos sus actuales administradores? Se parecen demasiado a la tropical *nomenklatura* cubana de hoy como para dudar de que así no fuera.

E imagino una posible objeción: un excompañero en el Centro de Estudios Socio-Económicos de Santiago durante la Unidad Popular, hoy a la vera de Lula como su asesor internacional, cuestionó mis objeciones políticas al chavismo —torpe mezcla de fidelismo trasnochado con neofascismo carapintada— acusándolas de esteticismo. Justificando el castrismo, entonces embozado, de Chávez me dijo: «el pueblo cubano es el pueblo más culto de América Latina». Mi dentista, menos preocupado por la cultura pero más cercano a la realidad, se explotó sobre su castrofilia mientras me sacaba una muela asegurándome que cuando Cuba volviera de lleno al redil del capitalismo, ofrecería la fuerza laboral más disciplinada, más educada y más culta del tercer mundo. «Le espera» —me reiteró entusiasmado por ese futuro Varadero taiwanés—

un futuro tan promisorio como el de Singapur o Seúl». Tienen razón: los inversionistas españoles gozan con esta nueva versión de Tenochtitlán, que en lugar de recibirlos con plumas de Quetzal les ofrece «Buena Vista Social Club» y mulatas harto más placenteras que Doña Marina, la Malintzin de Hernán Cortés. Los huesos del Che estarán retorcidos allá en su plaza de Santa Clara.

Aunque justo es reconocer en esos ditirambos un hecho incontrovertible: un hilo conductor de afinidades e identidad de propósitos —aunque tal vez de modo ajeno a la voluntad de sus gestores— unifica esa supuesta antípoda llamada Fidel Castro y Augusto Pinochet. En la disciplinización de la fuerza laboral, en esa socialización obligada de las fuerzas productivas llevadas a cabo tanto en Chile como en Cuba durante el último cuarto de siglo, se ha cumplido con el mismo objetivo trascendente. No es posible llevar a cabo la incorporación de nuestras sociedades al proceso universal de socialización sin profundas transformaciones culturales, sin una cierta uniformización y militarización de la voluntad laboral. Si Chile ya pasó por el aro y comienza a ver los frutos, Cuba es el candidato siguiente. Confieso el cinismo: no es mío, es de la historia.

4

Es un hecho: el espacio de autonomía de las sociedades retrasadas respecto de aquellas que conducen bajo su arbitrio el proceso de globalización económica, política y cultural se ha reducido dramáticamente. Y aún más dramático es el hecho de la práctica desaparición de los modelos alternativos de desarrollo. Quizá en este hecho radique la tragedia implícita en el fracaso de los socialismos reales. Debemos confesar al respecto —y jamás con suficiente arrepentimiento— la tabuización que hicimos del utopismo marxista, el voluntarioso e interesado desinterés que mostramos en su momento por interrogar a fondo a Marx sobre el edenismo primitivo de su sentencia: de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades. ¿Quién iba a creer que sentencia tan conmovedora iba a servir de fundamento al GULAG y a los juicios de Moscú? Al dejar pendiente esa confrontación entre el ser y el deber ser, postulado en el programa político y social del marxismo revolucionario, legitimamos el hiato y justificamos cualquier arbitrariedad. Mucho más grave aún fue pasar por alto el extraño maridaje entre brutalidad fáctica leninista e idealismo utópico marxiano, como si la monstruosa operación quirúrgica que supuso el bolchevismo en Europa —no tan alejado del récord de bestialidad impuesto por el nazismo— pudiera quedar santificado por los buenos propósitos que yacían en el desván de sus intenciones. Un tufo de involuntaria hipocresía emerge de la vida intelectual de la izquierda europea en esos años, —desde Picasso hasta Sartre, desde Garaudy hasta Breton— con la frágil excepción de Gramsci y dos o tres desesperados, hundidos en las mazmorras hitlerianas o condenados en los juicios de Moscú. Posiblemente, los asesinatos de Rosa Luxemburgo y de Antonio Gramsci por la porquería fascista han impedido la puesta en práctica de importantes correctivos. Cuando el eurocomunismo y la *glasnost* pusieron el grito en el cielo, de los millones y millones

de osamentas dejadas a su paso por el leninismo soviético no quedaban ni las cenizas. Y el mal no sólo estaba consumado: el capitalismo se aprestaba a hincarle el diente al terreno desbrozado por Lenin y Stalin, cayéndole a saco como a perro sarnoso. ¿Tanta desgracia para terminar convertidos en la pata del gato de las castañas del capitalismo finisecular?

Necesitamos, pues, someter a revisión no sólo el universo teórico del que fuimos depositarios, sino un mundo de creencias, de prejuicios, de tópicos bajo cuya seducción llevamos a cabo una terrorífica operación de malversación histórica. Ni siquiera los altos designios morales que nos sirvieran de justificación a acciones a veces heroicas y desinteresadas pueden eximirnos de dar cuenta de los errores cometidos. También la bondad puede enmascarar fechorías.

5

La mirada inicial, asombrada e incrédula, sobre nuestra naturaleza y sus maravillas, así como el deslumbramiento que produjera Tenochtitlán sobre la escéptica y ya desencajada imaginación europea, nos acarreó el pecado original de la utopía. Quiso la fortuna —en este caso debemos llamarla desdicha— que aún las sociedades indígenas más desarrolladas de nuestra cultura primigenia se hallaran en un estadio todavía prelógico del pensamiento y que la inteligencia manipulativa estuviera prisionera todavía del asombro inicial ante el cosmos. El precio de tal retraso fue carísimo: aportó América las víctimas del primer genocidio realizado a escala planetaria por los responsables del inicio de la globalización. No lo pudieron tener más fácil. Estaban los aztecas, los incas, los mayas —formas superiores de la cultura en América— todavía demasiado lejos del pensamiento reduccionista, operativo, generalizador, tecnocrático y manipulativo de lo real, cuyo producto más eminente, como bien lo demostrara Adorno, fuera la inevitable simbiosis entre progreso tecnológico y regresión espiritual. El encuentro entre esa cultura judeo-cristiana del desencanto, la pérdida irreductible y el pecado original con el mágico mundo del asombro primigenio todavía prisionero de la superstición y la profunda religiosidad panteísta y pagana dominante entonces en toda la América precolombina creó un abismo sociocultural nunca superado entre colonizador y colonizado, heredado como contradicción interior del criollo. Ese hiato internalizado ha sido tan sobredeterminante, que aún hoy condiciona nuestra relación con el mundo. Una dialéctica de la admiración y el desprecio, de la envidia y la repulsión han lastrado nuestra inserción en la corriente específica de la historia universal, bajo sus rasgos dominantes. La conversión de América Latina en reservorio de la utopía universal nos acarreó al mismo tiempo la condena a la cadena perpetua del subdesarrollo. O utopía o desarrollo, o encanto o desilusión: la trampa que nos ha impedido asumir a cabalidad nuestra pertenencia al proceso histórico real continúa abierta y pronta a cerrarse sobre cualquier intento auténticamente liberador. Éste es para mí el contexto metahistórico en que es preciso situar las tensas relaciones que mantenemos entre progreso y regresión, entre infortunio y prosperidad, entre regionalismo y globalización. No deslastro al colonialismo ni al imperialismo

de su responsabilidad en el sometimiento político de nuestras sociedades y el consiguiente saqueo de sus riquezas. Pero creo esencial hurgar en nuestra incapacidad para enfrentarnos a la razón práctica de las sociedades imperiales y dar una respuesta adecuada a esa misma razón. Consumada la inevitable derrota de una alternativa que no llegó más allá de la ominosa «noche triste», quedamos prisioneros de una eterna adolescencia. Tras el horror al contagio de los valores positivos del colonizador se profundizó la porfía de lo autóctono. El temor a la soledad nos impidió asumirnos como sujetos conscientes. Ni socialización ni individuación: quedamos atrapados en la calle del medio.

El derecho al utopismo idiosincrásico nos ha permitido liberar la imaginación de las cadenas de las formalidades lógicas, es cierto. Pero en lugar de echar una mirada crítica sobre nuestras aberraciones las hemos legitimado y enaltecido bajo el engañoso esteticismo del realismo mágico. Es éste la expresión estética de la aporía interior entre racionalismo e irracionalidad que nos constituye, al mismo tiempo que su suprema legitimación. Bajo el manto de lo real maravilloso hemos excusado horribles perversiones, como el desafortado caudillismo genocida y su derecho al Poder absoluto y perpetuo. La inmunda satrapía de dictadorzuelos sin destino la hemos convertido en deslumbrante capacidad mayéutica: un patriarca que emerge de la oscuridad del analfabetismo y la superstición se ve recompensado con la estética de la desmesura. La extrapolación encuentra un maravilloso retrato metafórico: la expropiación y venta por el abusador analfabeto que se ha hecho con la cosa pública del océano que enfrentaba al palacio de su gobierno. García Márquez ha asombrado al mundo con tal operación propedéutica y todos hemos sucumbido al encantamiento de un tercermundismo tan exuberante, tan pintoresco, tan insólito y tan delirante. Que hasta sería un craso error realizar algún esfuerzo serio por superarlo. Antes chamanes que pensadores, antes prestidigitadores que científicos, antes manipuladores que estadistas: así se han inclinado nuestras preferencias real maravillosas. Provecho artístico, es cierto. Pero ni siquiera hemos sido capaces de montar una industria turística capaz de extraer la regalía a pagar por el desencantado racionalismo globalizador que de él profita. Nos hemos conformado en cambio, en un buen ejemplo de intercambio desigual entre centro y periferia, con un premio Nobel. ¿Cómo habría de ganarlo Borges, de un individualismo, de una lucidez y de una excelencia tan ajenas a lo real maravilloso propio del subdesarrollo?

Una mezcla de mala conciencia por el pecado original de la conquista y la correspondiente autocomplacencia por la supuesta sustancia mágico-maravillosa que nos constituye termina por legitimar en nosotros el rechazo frontal de las formas de socialización propia de las sociedades desarrolladas y a buscar desesperadamente nuestra particular forma de redención en aventuras que consolidan el fracaso y vuelven a legitimar el mito del eterno retorno al rechazo inicial. Más interesados en el mito que en la razón, convertimos la política en sustancia dramática. El guerrillero es una extraña simbiosis de Chamán y Prometeo, otro asombroso producto de exportación para la fatigada imaginación europea. Volvemos eternamente al inicio, nos adherimos

como borrachos al comienzo de los tiempos, más interesados en el deslumbramiento iniciático que en la aburrida administración y gestión de la cosa pública. De ahí que la política jamás se deslastre de su carga emotiva y fundacional y el mesianismo pese sobre las relaciones sociales como una losa perenne. El ejemplo de la perfecta simbiosis entre chamanismo precortesiano y pensamiento utópico europeo nos lo entrega en forma práctica la revolución cubana. El resultado: una dictadura tan longeva como el patriarca que gobierna, signada por el paternalismo y la autarquía. Sus máximos valores: autoproclamadas fantasías morales, autodeterminación e independencia nacional. Así se escamotea lo esencial: subsumción de lo particular bajo la omnimoda prepotencia de lo falsamente universal. Una dictadura implacable disfrazada de la más utópica de las democracias. No hay duda: somos el reino de lo real maravilloso. Moraleja: no podemos lograr progresos serios e incuestionables en los campos de la salud, la educación, el deporte sin sacrificar el derecho a la democracia, es decir: a la auténtica autodeterminación del sujeto. Dichos logros, antes que producto de la dialéctica consciente entre individuo y sociedad terminan siendo el presente de una voluntad autoritaria, omnimoda y paternal. Así esté disfrazada de forma superior de liderazgo socialista.

6

Si hay un campo en que nuestra impermeabilidad a los argumentos de la razón práctica se despliega con mayor desenfado, es en el de la ideología y la política. No es casual por ello que observemos a la democracia con suspicacia: ha sido el terreno que nos ha deparado los mayores fracasos. Y la razón no es insignificante: la democracia pone a prueba nuestra capacidad de individuación y la forma de insertarnos en lo social emancipado. Pues no hay lo uno sin lo otro y no seremos jamás un colectivo de individuos responsables sin haber adquirido la adultez como ciudadanos. *Ermündigung* llaman los alemanes al proceso que nos hace adultos: haber ganado el derecho a la palabra y asumir la propia voz como inalienable responsabilidad moral.

Por ello, tal vez la peor desgracia que hemos sufrido como naciones independientes haya sido la imposible asimilación del liberalismo político y económico, en tiempos en que la inevitable globalización nos obligaba a insertarnos en el proceso histórico general o a sucumbir. Es cierto: tampoco Europa lo asimiló sin pasar por el terrorífico trauma del fascismo y del estalinismo. Y también es cierto que dicho liberalismo jamás hubiera arribado a ser un constituyente de las modernas democracias europeas sin el permanente correctivo del socialismo utópico y las luchas sociales que ensombrecieron su decurso. Al precio de millones y millones de cadáveres. No nos referimos al liberalismo como una particular ideología del Poder, sino como un conjunto de ideas y creencias que hermanan indisolublemente libertad, justicia y desarrollo en un todo indisoluble que, en su acción práctica, antepone la tolerancia y la convivencia pacífica entre contrarios por sobre toda otra consideración. Situando además y al mismo tiempo al individuo —en su responsable soledad— en el centro de las decisiones sociales y movilizándolo a la sociedad, al mismo tiempo

y por medio de la concientización y la vigencia de marcos normativos, contra toda forma de discriminación y abuso. Definimos, pues, al liberalismo, como la fundamentación ideológica y práctica de toda acción contra cualquier forma de autoritarismo.

Visto en la perspectiva del desarrollo histórico, las diversas formas de liberalismo lograron imponerse sobre el estalinismo y sobre el nazismo —en todas sus vertientes— sin otra fuerza real que la capacidad del sujeto por defender el espacio de socialización conquistada. Y, *last but not least*, del sistema económico que lo constituye y determina: el capitalismo. Puede que a la conciencia de la *intelligentsia* latinoamericana, tan prisionera del pensamiento real maravilloso, ambos términos —liberalismo y capitalismo— le suenen a demonio. Tanto peor. Salvo prueba en contrario, aún el hombre no ha sido capaz de inventar formas más evolucionadas y seguras de organizar la existencia humana. A no ser que consideremos que el fracaso de los socialismos reales se debió a circunstancias excepcionales, imputables a accidentes imprevisibles en la construcción ideológica original. Desgraciadamente para todos quienes dejamos un pedazo de vida en ello, la razón es la inversa. El fracaso del socialismo real se encuentra prefigurado, *in ovo*, en las tesis originales de sus fundadores. Culpar a Stalin y a Beria y exculpar a Lenin y a Trotski será una operación cómoda a los intereses de los náufragos de la Unión Soviética, pero no resiste el más mínimo y severo análisis. Stalin y Beria son la más consecuente, legítima y fehaciente continuación del leninismo por otros medios, los requeridos para la construcción de la dictadura burocrática, y no sólo bajo las extremas condiciones de tener que hacerlo en un solo país. En cuanto al trotskismo, no dejó de ser una superchería digna de la riquísima imaginación de Jorge Luis Borges. Intentar demostrar la vigencia del socialismo amparados en la burbuja de irrealidad que protege a la isla cubana de toda contaminación, es, además de ingenuo, una tontería. Cuba vive detenida en el tiempo, como si un encantamiento la hubiera condenado al sueño eterno. Si se retiraran las inversiones del capitalismo español sobre el turismo isleño, el despertar sería macabro. Inversiones españolas, indiferencia, apatía y pasividad: la fórmula no es un invento mágico. Pero tampoco resulta viable el camino inverso: renegar del liberalismo y seguir apostando a la revolución socialista a partir de las miserables condiciones materiales y espirituales que imperan por doquier en América Latina como testimonio del ancestral fracaso de nuestra sociedad y nuestra cultura por lograr la emancipación política y económica.

Llego aquí a un punto nodal de la reflexión. Hasta hoy, no hemos contado con otros medios de diagnóstico y de elaboración de terapias que los aportados por la sociología crítica, la ciencia económica burguesa y el marxismo. Según éste, en sus versiones revolucionarias o reformistas, nadie más responsable de nuestra historia, es decir, de nuestros fracasos, que nuestra obligada y violenta inserción en la corriente expansiva del capitalismo mundial bajo las leyes y designios de su necesaria reproducción ampliada, desde la monstruosa voracidad de la acumulación primitiva de tiempos fundacionales hasta la fagocitosis parasitaria de sus formulas imperiales: colonialismo, imperialismo

industrial, neocolonialismo y globalización posindustrial. La responsabilidad por nuestro subdesarrollo recae en una entidad exógena. Sea cual sea el punto de partida del análisis marxista desarrollado durante la última mitad del siglo xx, todas las aproximaciones teóricas confluyen en un solo resultado: el subdesarrollo de las sociedades periféricas es inducido por la dinámica imperial del desarrollo del capitalismo central, al mismo tiempo que su condición necesaria. Sin capitalismo central es impensable un capitalismo periférico, colonizado y pervertido. Inversamente: sin el precio pagado por la explotación ejercida por el capitalismo imperial sobre las sociedades capitalistas periféricas, no hubiera sido posible el desarrollo de aquél. Desarrollo y subdesarrollo se insertan así en una dinámica de interdependencia que condena a ambos términos a un crecimiento exponencial de sus propias naturalezas, a la profundización de la aporía y a un alejamiento cada vez mayor de una posible superación histórica de los términos. No cabe otra forma de romper el hechizo de este círculo vicioso que a través de una ruptura esencial de los términos: socialismo e independencia económica y lucha a muerte por derrotar al capitalismo central, el famoso tigre de papel de Mao. Así, la superación real del hiato —visto el fracaso de los intentos históricos por implementar la construcción de sociedades socialistas— se ve postergado *sine die*. Nuestra acción, a la impotencia permanente. Esa es la cara de la moneda que nos ha llevado de fracaso en fracaso. Ha llegado la hora de condenarla sin atenuantes. O seguiremos prisioneros de nuestras perdidas ilusiones.

7

Razón o ilusión: la historia ha pendulado sin cesar entre ambos términos, volviéndolos antinómicos. O lo que es mucho peor, los ha condenado a convertirse en aspiraciones irreconciliables. Hegel sirvió la perfecta coartada para hacernos creer que la aparición del Estado moderno solapaba el hiato. Y en la más escandalosa de las operaciones de fagocitosis intelectual Marx la perfeccionó dotándola de una musculatura de operatividad absolutamente contraria a su corpus ideológico original. Si dicho Estado —en la argumentación marxiana— en lugar de legitimar y acorazar los intereses de la temprana burguesía industrial que lo pusiera en práctica sirviera a los intereses del proletariado y ejerciera su vocación de universalidad sin remilgos burgueses, el tren de la historia habrá alcanzado la estación final: Utopía. Era subvertir la autocomplaciente ilusión hegeliana, que creía culminado el martirizado trayecto de la historia humana con la constitución del Estado imperial prusiano. Lenin terminó de enganchar la locomotora a la escatológica aventura marxiana con el manual de instrucciones para armar el primer Estado socialista travestido de perfecta democracia proletaria y Stalin coronó la faena convirtiéndose en el más despiadado, laborioso y eficiente policía de la implacable dictadura totalitaria en que devino el errabundo sueño de la razón revolucionaria. Que al cabo de casi un siglo toda la operación Utopía haya terminado en un fiasco no nos exime de volver a enfrentarnos al mismo dilema: ¿razón o ilusión?

Después del naufragio de las utopías es imposible desconocer que la razón —en su forma la más pedestre y cotidiana del sentido común o, si lo prefieres como la llamara Bolívar desilusionado de tanta utopía en medio de su laberinto: «la razón ilustrada de los hombres sensatos»— ha terminado por convertírsenos hoy en la más desafortada ilusión. Desaparecida la supuesta metaracionalidad de todo utopismo e impuesta por la fuerza de los hechos la razón práctica del sistema, las formas residuales de la protesta, que amenazan con convertirse en marea irrefrenable de desastres colectivos, requieren con urgencia de un espacio discursivo, de un marco referencial teórico, de una razón crítica. Aunque el hiato parece haberse desplazado a un escenario global, bipolarizando a nivel planetario la contradicción entre prosperidad y miseria, temo que dicha razón haya perdido toda aspiración trascendente y toda pretensión totalizadora y se conforme con fundamentar lo que Adorno, una de las mentes más lúcidas y premonitorias de nuestro tiempo, llamara una *minima moralia*. No se trata de una reactualización del fragmentario moralismo kantiano ante la imposibilidad de sostener construcciones racionales totalizantes. Se trata de desbrozar el escabroso terreno de la política, es decir: de la acción práctica, de las emanaciones mágico-religiosas todavía subyacentes a toda pretensión utópica y apoyar la vigencia del sentido común y la sensatez presente en la experiencia histórica de nuestros pueblos. Esto implica, a nivel teórico, apoyarse en la inmanencia de las soluciones políticas ya avanzadas y no en su negación absoluta. El problema surge cuando observamos cuán distantes se encuentran los valores supuestamente inalienables creados a lo largo de los siglos, tales como la tolerancia, la equidad, la justicia, la solidaridad —valores todos reconocidos como tales por el más incuestionable razonamiento— de su objetivación normativa por un colectivo prisionero cultural y materialmente de etapas ultrapasadas del desarrollo histórico universal. Es la propia historia que al final del viaje termina mordiéndose el rabo de sus propios desafueros. ¿Cómo, cuándo y dónde romper el hechizo?

Posiblemente no exista un solo lugar en el planeta en que estas contradicciones entre la herencia del pasado y los desafíos planteados por la modernidad y la renovación —tampoco ajenos a la herencia de la tradición— no causen enfrentamientos sangrientos y no consoliden bandos irreconciliables. El conflicto árabe-israelí, que encubre usurpaciones territoriales, imposiciones imperiales y abominables fanatismos idiosincráticos, es hoy apenas una débil muestra de los atropellos históricos que hemos heredado de nuestro más inmediato pasado. Chechenia, los Balcanes, el Kurdistán, el terrorismo vasco, Cachemira, el Ulster y recientemente Afganistán, el islamismo Talibán y los integrismos ancestrales. La lista es demasiado larga como para establecer el catálogo de la infamia que los enfrentamientos nacionales todavía provocan, sin mención del verdadero y más auténtico conflicto, muchísimo más grave que el interracial, el étnico o el religioso: el que separa y enfrenta a la miseria con la prosperidad, a la ignorancia con el conocimiento, al primitivismo con la cultura, a la impotencia con el Poder. El fracaso de la utopía marxista ha

privado de discurso a quienes encontraron en ella el derecho a la palabra y una orientación práctica de articulación político-social. Perdida esa escasa razón, los movimientos emancipadores se ven hundidos en la pura emotividad y la más cruenta irracionalidad, perdiendo la piel de esa escasa legitimidad que mantenían. El vacío dejado por la ausencia de las ideologías deja los conflictos en carne viva y pone a la orden del día la más desafortunada irracionalidad, fácilmente manipulable por ambiciones autoritarias, rencores homéricos y chamanismos mesiánicos. Es la amenaza que se cierne sobre algunos de nuestros países, comenzando por el mío, Venezuela, en manos de un insólito aventurero que hace el más descarado y repudiable abuso de las emociones colectivas para echar a andar un regreso a las más oscuras y tenebrosas etapas de nuestro pasado caudillista y militar. O el de Colombia, donde una guerrilla sobreviviente del colapso del movimiento insurreccional de los años 60 y 70, se ha hecho con la mitad del país y pareciera andar en busca de una ideología y de un programa que vaya más allá de la extorsión, el secuestro y el narcotráfico que le han permitido convertirse en un verdadero ejército paralelo. Comparado con Fidel Castro o Salvador Allende, insertos en un racional discurso contestatario, Hugo Chávez es un esperpento. Y Marulanda, un campesino analfabeto dotado de una feroz capacidad de sobrevivencia, un escarnio del Che Guevara, cuya cultura política y literaria sobrepasaba a muchos de los académicos que llegaron a venerarlo.

8

Hic Rhodus, hic salta! —decían los latinos. Creo que ha llegado la hora de someter nuestros sueños a la más descarnada luz de la razón y observar nuestras utopías con indulgencia —son parte de nuestra más íntima esencia—, pero también con severidad —nos han provisto de las coartadas para volverle la espalda a la realidad. Estamos ante el umbral de esos dos principios tan contradictorios que, al entraparnos, causan, sin embargo, nuestros más hondos desasosiegos: el del placer y el de la realidad. Y el salto hacia una reformulación de nuestra mirada obliga a despojarnos del sargazo de nuestra adolescencia y a asumarnos en la terrible soledad individual. Esto implica, en el plano político, destetarnos del Estado como *Deus ex machina* de todas nuestras acciones y situar el centro de las responsabilidades públicas en el propio sujeto. Sombart subrayó con toda su genialidad el efecto determinante que el protestantismo tuvo sobre el impulso y desarrollo del capitalismo: empujar al sujeto a un enfrentamiento inmediato y personal con Dios, es decir: a la idea de trascendencia que nos fundamenta, situándolo en la inmensa soledad de su propia existencia. Lo privó, es cierto, de la protección, la seguridad y el respaldo de las mediaciones eclesiales pero le entregó, al mismo tiempo, la clave de su propia responsabilidad moral y práctica ante el mundo. No cabe otra salvación que las obras. Nosotros, por desgracia, nos hemos quedado en los amores. Y el sentimiento de pertenencia a una realidad mayor que nos circunda y sobredetermina nos ancla al universo de mitos y prejuicios de nuestro propio pasado, impidiéndonos dar el paso hacia el futuro. Todavía peor: sin que

nos cause conflictos mayores, vivimos y disfrutamos de los sistemas políticos que nos garantizan la convivencia democrática y nos reproducimos materialmente en el marco del sistema de principios económicos que nos rigen —el capitalismo—, pero lo hacemos con un desprecio olímpico por la democracia y no sin cierto asco por el capitalismo. Hasta ahora hemos resuelto la contradicción moral que esta actitud supone con una negación absoluta de la democracia y del capitalismo, no sólo bajo las formas menesterosas y perversas con que suelen dominar en nuestros países, sino de cualesquiera de ellas. Legitimamos así la negación absoluta y dotamos de credibilidad cualquier acción política que tenga por horizonte la aniquilación de ambos sistemas. O transamos en un estatismo populista y demagógico que no hace más que encubrir el hiato y postergar la resolución real de los problemas. Ni principio de realidad, ni principio de placer. El oso filatrópico termina convirtiéndose en el perro del hortelano.

No creo en otra alternativa social y política para romper el hechizo del subdesarrollo, que nos ha llevado de generación perdida en generación perdida, que la minuciosa y perseverante construcción de la democracia política —la única conocida, la «burguesa»—, cuyo desarrollo ha sido sistemático y violentamente impedido por las fuerzas más retardatarias que anidan en el lado oscuro del corazón de nuestras tinieblas. Y la construcción de un sistema económico fundado en la libre competencia, la reducción drástica de la dimensión empresarial del Estado y la conversión del mismo en estricto regulador del respeto a los marcos jurídicos y legales, así como en administrador de todo aquello que la lógica y el sentido común aconsejan dejar en manos de los entes públicos: la salud, la educación, el transporte y la defensa. El orden no es casual: la salud y la educación debieran ser los objetivos prioritarios de todo sano gobierno. El salto cultural que debemos emprender es de dimensiones colosales y obliga a concentrar la mayor parte de nuestros esfuerzos espirituales y materiales en lograrlo. ¿Cómo descuidar la salud y la educación o ponerlos a la cola de las preocupaciones invertidas en esa chatarra belicista que no ha cumplido otro propósito que financiar a los perros de la guerra, alimentar la corrupción y servir de garrote a las justas reivindicaciones populares? Como programa general luce mínimo y desangelado. Pero la importancia que supone internalizar estos principios y convertirlos en «ideas-fuerza», como las llamara Gramsci, implica una movilización espiritual enorme. Nuestros prejuicios antidemocráticos y anticapitalistas son tan hondos y acendrados, nuestro desprecio por la iniciativa privada y la justa recompensa de la rentabilidad tan olímpico, nuestra vergüenza ante el dinero y las recompensas materiales tan internalizadas que el sólo hecho de declararse partidario de la democracia, la libre empresa y la privatización —todo aquello dictado por el sentido común más elemental— nos acarrea los peores y más estúpidos epítetos, condensados ahora en la oligofrénica acusación de «neoliberalismo». Que tan absurda denominación posea tal capacidad movilizadora entre las fuerzas más retardatarias del continente —entre las que se encuentran, obviamente, los últimos mohicanos pacíficos y armados de la revolución socialista y

la derecha recalcitrante que vive del parasitismo estatal— dice suficientemente sobre las dificultades para romper el hechizo que nos tiene anclados en la miseria y el subdesarrollo.

El calendario de temas es enorme y el esfuerzo intelectual a desarrollar suficientemente arduo como para pensar que recién comenzamos. Creo que es hora de hacerlo, *sine ira et studio*. Sobre todo: sin prejuicios y posiciones tomadas. Espero que el caos en que se encuentra Venezuela y las amenazas de turbulencias totalitarias que amenazan a gran parte del continente nos permitan no sólo pensar nuestra realidad, sino contribuir a su transformación. La más aclamada tesis sobre Feuerbach sigue vigente, como en el primer día en que Marx la dictara: no basta con interpretar el mundo, hay que transformarlo. Aunque la transformación a la que apelamos esté a cien años luz de sus míticas propuestas. Manos a la obra.

